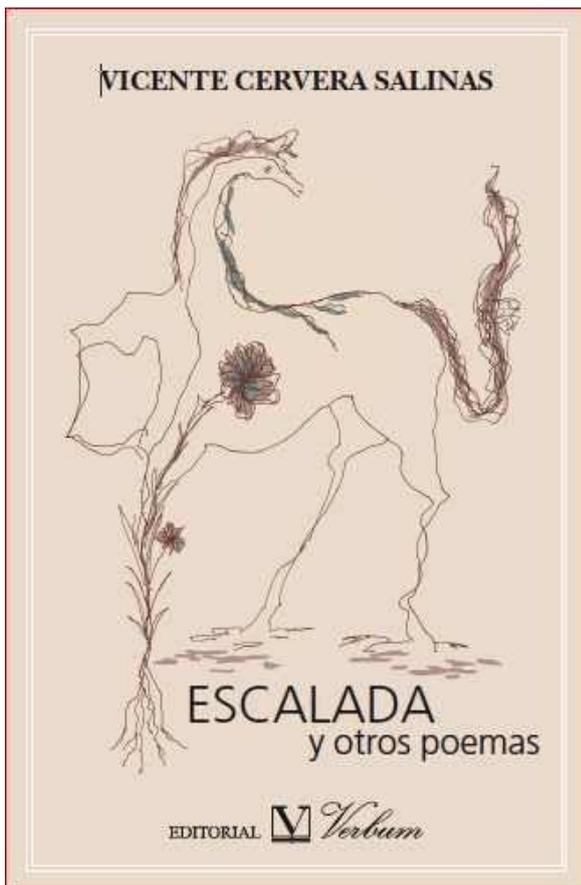


RESEÑA

Vicente Cervera Salinas
Escalada y otros poemas
Verbum: Madrid, 2010



El cuarto poemario de Vicente Cervera Salinas, *Escalada y otros poemas*, constituye tanto en el fondo como en la forma un viaje ascendente, de sentido inverso al que realiza el chileno Vicente Huidobro —citado por el propio Vicente Cervera antes del prólogo de José Emilio Pacheco— en su obra *Altazor*. Como se sabe, el poeta sudamericano planteó su poemario como un viaje en paracaídas dividido en siete etapas, cada una de las cuales se hallaba situada un punto por debajo de la anterior, y por las que Huidobro iba pasando en su descenso del zenit al nadir. En el caso que nos ocupa, y como suele ser habitual en él, Vicente Cervera ha compuesto un poemario dividido en varias partes (cinco esta vez, si contamos como tales el prólogo y el epílogo), aunque lo curioso en esta ocasión es que, pese a que parte del que a mi juicio es el poema cumbre —nada más apropiado en el contexto— de la obra, el titulado *Escalada*, el libro retoma su ritmo creciente justo a continuación, en *El destructor*, para seguir con esta tónica ascendente hasta el apartado final, *Ánforas*, pasando por *Advientos* y *Azul heraldo*.

Volviendo al poema que da título al libro, supone éste una presentación del autor, un pórtico introductorio a la obra y la persona de Vicente Cervera Salinas, un autorretrato poético en la línea de los que abrían algunos de los grandes libros modernistas, como los de los hermanos Machado en *Campos de Castilla* y *Alma* (en realidad, más cercano al carácter reflexivo de Antonio Machado). Al igual que sucede en el resto del libro, y en esto el poe-

ma funciona como una metáfora de todo el poemario, la composición va *in crescendo* en ritmo e intensidad, imbricando perfectamente estilo y materia, tal que una ascensión a la montaña en la que, de vez en cuando, nos detenemos a mirar el paisaje y hacer balance del trecho recorrido. Desde el primer momento vemos que estamos ante uno de esos pocos libros de versos que rezuman auténtica sinceridad, en los que el propio autor habla de sí mismo sin complacencia, decantando sus experiencias vitales y poniendo el pasado “en claro”, por decirlo en palabras de Jorge Guillén. Se trata, pues, de una subida hacia la luz desde la oscuridad, tal y como quería el alemán Goethe cuando afirmaba que él pertenecía al linaje de aquellos “que de lo oscuro a lo claro aspiran”.

La segunda parte de *Escalada y otros poemas* (si no contamos el original y extraordinario prólogo de José Emilio Pacheco), llamada *El destructor*, ofrece una serie de poemas de tono más sombrío; es, sin duda, la fase oscura de la que parte el autor en su búsqueda incesante de la claridad. Aquí, Vicente Cervera se sirve de diversas metáforas para corporeizar las reflexiones metafísicas que suponen estos poemas. En ese sentido encontramos composiciones como *El destructor* en la que, valiéndose de la imagen del niño curioso que destroza sus juguetes para conocer su funcionamiento interno, el autor ahonda en las reacciones —y relaciones— humanas, tan complejas (o mucho más) que los mecanismos desarticulados por el protagonista del poema. Siguen esta línea de poesía de indagación de la conciencia *El jugador* —agria, lúcida y tierna reflexión sobre el amor, el dolor y la relación de dependencia existente entre ambos—, el intenso y desasosegante poema sobre la maldad titulado *Cercanía*, o las que a mi juicio son las dos mejores composiciones de esta parte, *Razones del deudor* y *Melancólico vacío*, visiones ambas bastante pesimistas (y tan agudas como reveladoras, por más que duela reconocerlo) sobre la pequeñez humana en relación con el universo y la incertidumbre ante el más allá. Quizá el gran acierto de este apartado (que también será otra constante de toda la obra) sea la elección de estos símbolos, de tal modo que algunos de ellos quedan acuñados en nuestra

memoria gracias a la inseparable relación plástica que hay entre ambos. En este sentido, Vicente Cervera deja desfasado a Francis Ponge cuando éste decía que “el poeta no debe dar una idea, sino una cosa”, pues él proporciona tanto la una como la otra.

El empleo de símbolos, como decíamos, prosigue en el tercer apartado del poemario, *Advientos*. Sin embargo, se advierte en él un tono distinto respecto a su predecesor. Ahora se trata de una poesía menos umbría, como muestra el hermoso y musical poema *Violeta* o el emocionado recuerdo de la infancia *Altozano*, aunque también continúan las reflexiones de hondo calado, de las que *Un billón de luces* o *El santo y la roca* representan dos buenos ejemplos. Los temas del perdón y la santidad son tratados en este último de forma inusual, el tópico es completamente invertido, lo que da la medida del valor de estos versos que se atreven a ofrecer una concepción de la santidad distinta de la que ha permanecido inamovible durante siglos. Concluye el poema con una sentencia de tono machadiano, que resume el contenido de la composición: “El perdón no es obra de santos. / Merecerlo es su misión” (Pag. 43). Otro aspecto que no podemos pasar por alto es la variedad que, pese a su unidad de estilo, albergan estos versos. En este aspecto destaca, además de los diversos poemas ya mencionados, *La fortaleza*, un extraordinario poema narrativo que sorprende por su ritmo vivaz, lleno de imágenes vibrantes.

La parte final, *Ánfora*, contiene curiosamente un solo poema, homónimo. Resulta ser el colofón en forma y contenido de todo el poemario, un recorrido vital paralelo a *Escalada*, sólo que ahora la trayectoria autobiográfica del autor aparece reflejada de manera más clara, en forma de las imágenes clásicas y, al mismo tiempo, excepcionalmente personales que jalonan toda la composición. Se trata de un poema narrado desde el yo, que describe el paso de la oscuridad (“Caminé entre las tinieblas”) a la consecución del ansiado ánfora como símbolo de la luz (“descansé sin turbación bajo el ánfora de abiertos labios”), a través de un recorrido homérico lleno de sabiduría. Vicente Cervera, al igual que José Hierro, llegó

“del dolor a la alegría”, si bien su alegría está llena de conocimiento, del saber vital que ha ido adquiriendo a base de dolor y placer y que, a tenor de los susurros de los que él habla en

Escalada (“susurra alguna voz / que ya debo detenerme”), nos incita a convencerle de que no se detenga, que continúe su camino poético a ser posible hasta que todos nosotros alcancemos nuestro particular y deseado ánfora.

GONZALO GÓMEZ MONTORO